

¿LA CRISIS DE LAS RELACIONES TRANSATLÁNTICAS?

El 10 de junio de 2011 el secretario de Defensa norteamericano, Robert Gates, realizaba en su discurso de despedida una interesante reflexión sobre el estado de las relaciones transatlánticas al exponer, tomando como modelo la intervención en Libia, las debilidades estructurales de los aliados europeos tanto en cuestión de recursos como de voluntad política y advirtiendo de las consecuencias de su inacción. Dada la pérdida de interés de Europa como región para los estadounidenses y su creciente interés y atención en cuestiones de seguridad por Asia Oriental, la propia relación transatlántica podría estar viéndose sometida a cuestión¹.

Casi inmediatamente después de la realización de estas declaraciones, Richard N. Haass, presidente del Council on Foreign Relations y uno de los intelectuales más destacados e influyentes de los círculos políticos de Washington en cuestiones internacionales, recogía el eco de estas declaraciones en un artículo escrito para *The Washington Post* y planteaba abierta-

Juan Tovar Ruiz es doctor en Relaciones Internacionales e investigador del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UAM.

¹ El citado discurso puede consultarse en: <http://www.defense.gov/speeches/speech.aspx?speechid=1581>

mente la pérdida de importancia de la relación con sus socios europeos, llegando a afirmar que “si hoy en día la OTAN no existiese, a nadie se le ocurriría inventarla”. Las razones expuestas por Haass son de diferente índole y abarcan aspectos tanto positivos como negativos².

Entre los factores positivos estaría el propio éxito político y económico de Europa, que habría conseguido desterrar del continente el antiguo sistema de equilibrios de poder y establecido una relativa paz y prosperidad en el mismo. Europa no podía seguir considerándose una cuestión vital para los intereses estadounidenses, máxime si se comparaba con regiones como el Próximo Oriente o Asia Oriental, donde la situación dista mucho de llegar a la europea en estos términos.

Entre los factores negativos estaría la escasa voluntad política de los líderes europeos para mantener sus inversiones en defensa tras el fin de la Guerra Fría, con Reino Unido y Francia como únicas excepciones. No sería simplemente un problema de inversión o de tropas, sino de cómo se organizan las mismas y las prioridades que se fijan. La crisis económica y los riesgos para la supervivencia de la moneda única y del propio proyecto de integración europeo tampoco han ayudado a mejorar las percepciones en esta cuestión. Además habría factores demográficos, como la decreciente influencia de unas élites de la costa Este que habrían considerado a Europa el origen de sus raíces frente a una cantidad, cada vez mayor, de ciudadanos estadounidenses procedentes de otras áreas geográficas como Latinoamérica o Asia.

En realidad, las reflexiones tanto de Gates como de Haass no son sino un reflejo de un debate mucho más amplio que abarca tanto el propio debate político dentro de la Administración estadounidense, como el académico y de los grandes *think tanks* de Washington, y se ha visto reflejado en numerosos acontecimientos producidos en los últimos tiempos.

En el caso europeo –y particularmente de la Unión Europea en sí misma–, es bien conocida la desafección que en los círculos de política in-

² Haass, Richard (2011).

ternacional se ha producido crecientemente respecto de la propia figura del presidente Obama. De la ilusión despertada y reflejada en acontecimientos como la Cumbre de Praga sobre relaciones transatlánticas de 2009 se ha pasado al desplante de la Cumbre de Madrid de 2010 –en la que el presidente estadounidense alegó cuestiones de agenda interna para no ir–, a las dos horas de reunión concedidas a los líderes de la UE tras la Cumbre de Lisboa de la OTAN en noviembre de ese mismo año –donde el presidente estadounidense llegaría a afirmar que “no ha sido tan entretenido como en otras ocasiones porque estábamos de acuerdo en todo”– y a la discreta Cumbre de 2011 en Washington. En las dos últimas cumbres las cuestiones de seguridad, esenciales para Estados Unidos, apenas fueron tratadas y se focalizaron principalmente en asuntos económicos. De igual modo, algunas cumbres clave como la de Copenhague sobre cambio climático, en la que el presidente estadounidense se reunió y acordó la resolución final con el grupo BASIC –Brasil, Arabia Saudita, Sudáfrica, la India y China– frente a sus aliados europeos o la firma del Tratado Start III, acto al que no se invitó a los líderes de la UE, contribuyeron a asentar tales percepciones³.

En este artículo trataré de exponer las causas que han llevado a esta supuesta crisis de las relaciones transatlánticas, que aquí dividiremos en tres principales: el auge de nuevas potencias; la experiencia personal y vital del presidente Obama, y la crisis del euro. Tras ello analizaré las perspectivas y posible desarrollo futuro de una relación que tanta relevancia ha tenido para el desarrollo y la consecución de los intereses nacionales en ambas orillas del Atlántico en los últimos sesenta años.

EL EQUILIBRIO DE PODERES ACTUAL: ¿UN NUEVO ORDEN MUNDIAL?

Siguiendo los tres grandes desafíos que afectan a las relaciones transatlánticas, hemos de destacar en primer lugar las numerosas percepciones existentes sobre un Nuevo Orden Mundial, marcado principalmente por el ascenso de las denominadas potencias emergentes. Como profetas de este “Nuevo Orden” merece nombrarse a la consultora de Goldman Sachs, que

³ Tovar, Juan (2011).

empleó al creador de este concepto, Jim O'Neill, y a los investigadores que realizaron el famoso informe de 2005.

En dicho informe se planteaba la idea de que una serie de potencias emergentes, merced al continuado incremento, principalmente, de sus cifras macroeconómicas de crecimiento y, concretamente, sobre la base de la importancia del tamaño de su Producto Interior Bruto y de su población, iban a adquirir una creciente importancia en el devenir de la economía internacional⁴.

Esta suerte de “moda” de los BRIC –Brasil, Rusia, China y la India– se ha acabado extendiendo a otros ámbitos del pensamiento intelectual, introduciéndose en el pensamiento político e internacional. Y particularmente a raíz de su buen comportamiento en la crisis de 2008 si se compara con los efectos en las economías desarrolladas de Occidente o su inclusión en el G-20, grupo que desde la Cumbre de Washington organizada por el presidente George W. Bush se convirtió en el principal centro de la toma de decisiones de la economía internacional e incluso de una especie de “incipiente gobernanza global”⁵. El libro de F. Zakaria sobre el mundo postamericano –él mismo es un estadounidense de orígenes hindúes– y el curioso tratamiento que da tanto a la India –el “aliado”– como a China –el “enemigo”– también introducen elementos de debate político en el relato desencadenado por Goldman Sachs⁶.

Es importante destacar que estas potencias emergentes tienen enormes rasgos que las diferencian. En el caso de Brasil y de la India estamos ante el supuesto de dos potencias emergentes que compartirían –al menos formalmente– la forma de gobierno imperante en Occidente, en tanto que Rusia y China no lo harían. En cualquier caso, esta suerte de profecía autocumplida ha trascendido en el comportamiento y en las habituales reuniones de este conjunto de Estados que no comparten necesariamente los

⁴ El citado informe puede consultarse en: <http://www.goldmansachs.com/our-thinking/topics/brics/brics-dream.html>

⁵ O'Neill, Jim (2011, 1-232).

⁶ Zakaria, Fareed (2009, 1-304).

valores de Occidente ni apoyan todas sus políticas. Así pasó con su abstención conjunta en la votación sobre el establecimiento de una zona de exclusión aérea en Libia en marzo de 2011 o con su reticencia a dar luz verde a intervenciones –particularmente humanitarias– que pudiesen poner en riesgo el concepto de soberanía fuerte que defienden. Y ello es resultado –salvo en el caso de Rusia– de una perspectiva histórica e incluso colonial en la que dichos Estados habrían sufrido las injerencias de las potencias occidentales, cuando no su dominación, razones que explicarían someramente su comportamiento.

Estas potencias, además, habrían adquirido una serie de lógicas ambiciones a la hora de mejorar su posicionamiento en diferentes instituciones y organismos internacionales –por ejemplo, las aspiraciones de Brasil para obtener un puesto en el Consejo de Seguridad de la ONU–, incluso de carácter geopolítico, como lo demuestran la creciente presencia de China en el mar que lleva su nombre o la necesidad de Rusia de recuperar su antigua influencia en el continente euroasiático limitando, además, la expansión de la OTAN en zonas consideradas clave para su seguridad nacional. Su creciente influencia también se ha observado en el patrocinio de algunos de los regímenes que Occidente considera menos presentables, como Corea del Norte en el caso chino, Birmania en el caso indio y chino, o Siria o –en menor medida– Bielorrusia en el caso ruso, por solo citar algunos.

Como ya expusimos, la base principal de estas afirmaciones se apoya en una tendencia de crecimiento económico a largo plazo que les permitiría superar a la mayor parte de las economías occidentales. De hecho se espera que China, actualmente segunda economía del mundo, haya superado a Estados Unidos en Producto Interior Bruto en 2020 (o incluso en 2016), mientras Brasil ya habría hecho lo propio con economías occidentales del tamaño de la italiana o la británica⁷.

Sin embargo factores como el tamaño de la economía o la demografía, siendo importantes –particularmente si se sigue la estela teórica neorrea-

⁷ “El FMI prevé que el PIB chino supere al de EE. UU. en 2016”, *Cinco Días*, 26 de abril de 2011.
“Brasil supera al Reino Unido como sexta potencia”, *La Vanguardia*, 27 de diciembre de 2011.

lista que establece como elementos fundamentales de las capacidades de los Estados para actuar en el sistema internacional los del poder duro— no son suficientes para explicar el ascenso de estas nuevas potencias⁸. Mientras Estados Unidos y Europa recortan el gasto en política exterior o seguridad, las potencias emergentes lo incrementan. Y en ese contexto, la adquisición por Brasil de submarinos nucleares y de las capacidades necesarias para construirlos “para proteger los recursos del Amazonas”, según el expresidente Lula, o las quejas estadounidenses por la falta de transparencia del gasto en defensa chino —destacando particularmente las alarmas por el incremento en el gasto marítimo y, concretamente, con la introducción de nuevos portaaviones que elevarían la capacidad de actuación china— son hechos que parecen constatar la tendencia⁹.

Con todo y pese al incremento de las capacidades de las potencias en los ámbitos de poder duro —y, en algunos casos, de su poder blando— existen estudios recientes que ponen en solfa estas predicciones y plantean que a las potencias emergentes todavía les queda un largo camino por delante para superar los desequilibrios que aún persisten para poder obtener un mayor protagonismo a nivel global¹⁰. A esto cabe añadir hasta qué punto dicho crecimiento no es sino el resultado de percepciones o tendencias que no tienen por qué convertirse en certezas de futuro o de considerar imposible un fracaso de su modelo de crecimiento económico en un momento concreto (un cisne negro que desatase intensas protestas en países como Rusia o China) o, simplemente, que dichos Estados tuviesen un ciclo económico distinto del de las economías desarrolladas.

En cualquier caso dichas percepciones parecen haber creado ciertas realidades, si uno se plantea tanto el entusiasmo de la actual Administración estadounidense por incrementar las relaciones con dichas potencias como las

⁸ Mearsheimer, John J. (2001, 29-83).

⁹ “Brasil construirá seis submarinos nucleares para proteger el petróleo”, *Clarín*, 22 de noviembre de 2010. “China factor to Dominate Top Defence Summit”, *BBC News*, 31 de mayo de 2012.

¹⁰ Tal y como se recoge en el índice de presencia global del Real Instituto Elcano, sin negar la presente tendencia. [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano es/zonas es/comentario olive iepg 2edicion](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano%20es/zonas%20es/comentario%20olive%20iepg_2edicion)

alarmas despertadas entre los líderes europeos en cuanto a la posible pérdida de relevancia de Europa, tal y como explica el cerrado apoyo otorgado por los estadistas europeos a Christine Lagarde para acceder al puesto de gerente del FMI tras la defección de Strauss-Kahn o la decidida defensa –con cesiones menores– de su cuota de poder en los organismos económicos internacionales. La propia Alta Representante de la UE, Catherine Ashton, reconoce el hecho de la pérdida de relevancia de Europa ante Estados Unidos y defiende la celebración de cumbres bilaterales con potencias como China o la India¹¹.

En definitiva, se puede afirmar que el relato –real o no– de los BRICS ha tenido un gran éxito. Tanto las palabras de Haass como las de Gates demuestran que ambos han dado por cierto el cambio en los equilibrios de poder mundiales y considerado que Europa podría empezar a convertirse en un reducto del pasado, debiendo Estados Unidos concentrar su atención en otras zonas geográficas de mayor importancia para sus intereses vitales y estratégicos a corto plazo.

Sin embargo, este factor “estructural” no es el único que explicaría el presente desencuentro entre ambas orillas del Atlántico, pues es necesario destacar el factor coyuntural de una presidencia estadounidense concreta, la de Barack Obama.

EL FACTOR OBAMA EN EL ÁMBITO DE LAS RELACIONES TRANSATLÁNTICAS

Se ha convertido en un lugar común afirmar que el presidente Barack Obama es uno de los presidentes estadounidenses menos europeos que han existido. En cierto sentido los hechos, aparentemente, parecen dar la razón a aquellos que piensan de esa manera. Así, cuando se leen sus memorias, el propio Obama hace una descripción detallada de su experiencia juvenil en Indonesia y de cómo su inicial experiencia internacional habría

¹¹ “La Unión Europea reconoce que ha perdido interés para Estados Unidos”, *El País*, 18 de diciembre de 2010.

quedado marcada por su infancia en el país del Sudeste Asiático¹². La ausencia de referencias en su discurso electoral a la UE en su conjunto –solo a Reino Unido, Francia o Alemania por separado–, salvo en lo que respecta a cuestiones relacionadas con el cambio climático o la posibilidad de establecer una relación transpacífica, ha sido llamativa¹³.

De igual modo, la relación de su familia de Kenia con el movimiento independentista keniano y las consiguientes torturas del ejército colonial británico a su abuelo no parecen las mejores credenciales para tener una relación fuerte con sus aliados europeos. Su discurso de Tokio de 2009, en el que se proclamaba el “primer presidente del Pacífico”, tampoco ha ayudado a modificar esa idea¹⁴.

Independientemente de las propias declaraciones o preferencias del presidente Obama, existe un rasgo indicado por el periodista James Mann en relación a la disposición del presidente Obama a llegar a una relación más fuerte con las denominadas “potencias emergentes” que quedaría perfectamente encuadrado en algunas de las observaciones de Gates en su famoso discurso. Para los *Obamians*¹⁵ las potencias emergentes no serían tales, sino potencias que ya habrían ascendido. Algo que ilustra con el ejemplo de la Cumbre de Copenhague y el pacto con el grupo BASIC de potencias emergentes en cuestiones de cambio climático, y refuerza su creencia –establecida durante la campaña presidencial– de que lidiarían con un mundo diferente del de sus predecesores. Las palabras de Gates sobre la relevancia otorgada a Europa por aquellos que han vivido la Guerra Fría frente a las nuevas generaciones toman sentido cuando uno observa que en su análisis los asesores más cercanos al presidente Obama no eran los cargos de primera fila con mayor experiencia, como Clinton, Donilon

¹² **Obama, Barack** (2006, 287-342).

¹³ Véase por ejemplo **Obama, Barack** (2007). Es el famoso artículo escrito por el actual presidente como candidato expresando sus visiones de la política exterior.

¹⁴ Véase en: <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-barack-obama-sun-tory-hall>

¹⁵ Manera en la que Mann denomina al grupo de decisores políticos más cercanos al presidente estadounidense, en similar forma a lo que hizo con *The Vulcans* en relación al presidente George W. Bush.

o Gates, sino los de segunda fila considerablemente más jóvenes, como Ben Rhodes, Michael McFaul, Samantha Power o Dennis McDonough, a través de los cuales se expresaba a menudo el presidente estadounidense¹⁶.

El riesgo de este argumento estaría en que, en efecto, las generaciones más jóvenes de políticos y académicos estadounidenses estuvieran en una posición cada vez más distante respecto de los aliados considerados tradicionales de la nación estadounidense y estos fuesen considerados “una cosa del pasado”, con todo lo que ello podría implicar para el futuro desarrollo de estas relaciones y de la confianza mutua entre ambas orillas del Atlántico en un momento en que la supremacía estadounidense ya no podría darse por garantizada¹⁷.

Pese a todo, los recientes movimientos de la Administración Obama, el acercamiento hacia los líderes europeos tras el estallido de la Primavera Árabe y la existencia de cierta “inexperiencia” en los cargos más cercanos a Obama, tal y como sugiere Mann, permiten albergar un cierto optimismo en el futuro desarrollo de los acontecimientos. Las declaraciones del propio Obama antes de la Cumbre de Lisboa, el acercamiento al Reino Unido y la estrecha colaboración entre europeos y estadounidenses en diferentes escenarios como el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en relación a las revueltas árabes, aparentan ser una rectificación en los hechos. Como el propio Mann reconoce, la relación de Estados Unidos con los BRIC no habría dado los frutos esperados originalmente por la Administración Obama en los diferentes ámbitos de colaboración¹⁸.

LA CRISIS ECONÓMICA EUROPEA

Si los estadounidenses han tenido parte de la responsabilidad en la actual crisis de las relaciones transatlánticas, no menos puede decirse de los eu-

¹⁶ Mann, James (2012, xi-xx, 72 y 171-190).

¹⁷ En este sentido, las declaraciones aparecidas en Wikileaks de ciertos oficiales estadounidenses bromeando sobre diferentes líderes europeos y, particularmente, haciendo mofa de la “relación especial” que mantendrían frente a su aliado británico no ayudarían demasiado.

¹⁸ Mann, James (2012, pp. 174-175).

ropeos. Tradicionalmente las críticas a los aliados europeos, ya desde la propia Guerra Fría, han ido dirigidas al nivel de gasto en defensa, a la falta de compromiso con su propia defensa o a la excesiva dependencia que contraían respecto de Estados Unidos y de su liderazgo para mantener la seguridad y la estabilidad en Europa¹⁹. A esto cabía añadir la divergencia de intereses, los desacuerdos y disputas planteados, la lucha de poder en las instituciones europeas y un sinfín de temas que perjudicaban una idea de actuación europea conjunta que el Tratado de Lisboa y el incipiente Servicio Europeo de Acción Exterior no han terminado de resolver. Hoy se ha añadido otro elemento de disputa, el de la crisis del euro y de la propia integración europea, elemento ya central en el ámbito de las relaciones transatlánticas y tratado tanto en la Cumbre de Lisboa de 2010 como en la de Washington de 2011²⁰.

La profundización de la crisis de la deuda soberana en Europa y los continuos rescates que han afectado a países como Grecia, Portugal e Irlanda y amenazan a Italia y España han tenido un amplio seguimiento en la otra orilla del Atlántico. Mientras que los diarios estadounidenses han venido reflejando continuamente las cifras de crecimiento de las potencias emergentes, la UE ha mostrado una imagen profundamente distinta en la amplia cobertura mediática de la crisis económica europea²¹. La citada crisis ha dado lugar a un amplio debate en los *think tanks* y en los medios estadounidenses sobre el propio declive de Europa, ha procurado críticas al liderazgo alemán por su incapacidad o negativa a solventar el problema y ha despertado interés por las propias implicaciones que tiene para la economía estadounidense²². La crisis ha generado declaraciones por parte de

¹⁹ Tal y como sucedió en el caso de los Balcanes, siguiendo a Holbrooke. **Holbrooke, Richard** (1998, 360-373).

²⁰ Lo que se recoge en algunos de los documentos hechos públicos por las instituciones europeas. Por ejemplo: http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/en/ec/126352.pdf

²¹ No hay más que leer cualquiera de los diarios estadounidenses para observar la aparición cotidiana de noticias sobre la crisis europea no precisamente alentadoras.

²² **Mallaby, Sebastian** (2012), "Europe's Optional Catastrophe", *Foreign Affairs*, vol. 91, nº 4, julio/agosto. "Europe's Woes Pose New Peril to Recovery in the U.S.", *The New York Times*, 11 de noviembre de 2011.

algunos líderes que culpan a Europa de los problemas económicos que atraviesa Estados Unidos²³.

En este sentido, las percepciones existentes al otro lado del Atlántico y el propio debate sobre las potencias emergentes han llevado incluso a algunos analistas destacados a apostar por el fracaso de la integración europea (tan exitosa históricamente) y por el fin del euro como moneda²⁴. Estas apreciaciones han sido particularmente dañinas a la hora de plantear cualquier posibilidad de recuperación y, aunque han servido para priorizar de alguna manera la agenda europea por parte de la Administración Obama²⁵, no lo han sido precisamente en el mejor sentido.

Por otro lado, los propios estadounidenses son conscientes de que la crisis económica disminuirá el dinero del que dispondrán sus aliados europeos –empezando por sus estrechos aliados británicos– en defensa y exteriores, particularmente en casos destacados y extremadamente importantes para la política exterior estadounidense como Afganistán, con lo que la factura estadounidense podría incrementarse exponencialmente y tener implicaciones que van más allá de lo económico. De hecho, destacados analistas, como Charles Kupchan, profesor de la Universidad de Georgetown, han considerado que en Europa podría haberse puesto en marcha un proceso de “renacionalización” de la política exterior y de seguridad europea que podría tener consecuencias muy negativas tanto para la propia Europa como para la acción exterior estadounidense²⁶.

Con todo, algunos análisis recientes consideran la posibilidad de que la integración europea pueda responder de manera exitosa a la crisis económica y hacer avanzar en mayor medida la integración económica de los

²³ “Obama acusa a Europa de no haber hecho suficiente para solventar la crisis”, *El Periódico de Cataluña*, 27 de septiembre de 2011.

²⁴ “Krugman vaticina el fin del euro y ve posible el corralito bancario en España”, *El País*, 14 de mayo de 2012.

²⁵ Las continuas visitas, en ocasiones polémicas, a Bruselas por parte del secretario del Tesoro, Timothy Geithner son una demostración del caso. Por ejemplo “Geithner, Schäuble stress need for coordinated action to resolve eurozone crisis”, *The Washington Post*, 30 de julio de 2012.

²⁶ Kupchan, Charles (2010).

diferentes Estados europeos, y opinan que la crisis económica puede ser, además, una oportunidad para el futuro de Europa –exponiendo, no obstante, los considerables retos a los que se enfrentaría y el tremendo coste a pagar por el fracaso–²⁷. En todo caso, las percepciones de las nuevas generaciones de políticos, analistas y académicos estadounidenses sobre la vigencia de las relaciones transatlánticas podrían haber sido profundamente afectadas y, junto al resto de factores ya citados, erosionar una relación que se remonta al fin de la I Guerra Mundial y que, particularmente en la Guerra Fría, se convirtió en el principal garante de la seguridad, la estabilidad y la pervivencia de la libertad en Europa Occidental.

CONCLUSIONES

En los últimos cuatro años se ha producido un debate intenso sobre cuál ha de ser el papel de Europa en el mundo. Las razones que lo han motivado han sido de diverso tipo, a saber: la aprobación del Tratado de Lisboa y la creación del Servicio Europeo de Acción Exterior, la aparición de índices y tendencias que marcarían un cierto declive económico y demográfico de Europa, la aparición de potencias emergentes cuya tendencia es totalmente inversa a la de Europa y, sobre todo, un cierto sentimiento de incapacidad de los propios europeos para posicionarse de manera colectiva y ejercer su influencia en el mundo actual. Nadie niega que la Unión Europea sea una potencia en el ámbito económico –aunque la crisis haya minusvalorado el prestigio europeo en ese sentido–, pero siempre ha sido considerada una “enana política” y las declaraciones entusiastas que siguieron a la aprobación del Tratado de Lisboa no han sido capaces de solventar las dudas sobre el rol europeo en el mundo actual.

En cierto sentido el debate sobre las relaciones transatlánticas es únicamente la manifestación actual de un problema mayor y, con toda probabilidad, la intensa controversia despertada sobre su pervivencia condensa todas las dimensiones de la discusión sobre la relevancia o irre-

²⁷ **Moravcsik, Andrew** (2012), “Europe After the Crisis”, *Foreign Affairs*, vol. 91, nº 3, mayo/junio.

levancia de Europa en el mundo actual, dada la importancia y duración histórica de las citadas relaciones –ya se remonten a Wilson o a la propia independencia estadounidense y el rol de diversos Estados europeos en la misma–. El debate actual sobre las relaciones transatlánticas no puede ser separado alegremente del anterior ya citado. Si los europeos somos incapaces de mantener la estrecha relación con nuestro aliado histórico y, en ocasiones, el garante de nuestra seguridad y estabilidad, ¿qué rol vamos a poder jugar en regiones todavía más ajenas a nuestra vecindad y a nuestra propia experiencia histórica y cultural?

En este sentido, el supuesto ascenso de las potencias emergentes, la aparición de un presidente estadounidense con una experiencia vital alejada de Europa –a diferencia de la mayoría de sus predecesores– y la creciente importancia otorgada a Asia por Obama –con razón, pues desde una perspectiva neorrealista es allí donde el sistema de equilibrios futuros de poder se estaría desarrollando y donde una potencia capaz de disputar la hegemonía estadounidense se estaría consolidando–, son vistas con recelo por unos líderes europeos que se niegan a aceptar que el rol de Europa en los últimos tiempos puede haber cambiado y que, en cierto sentido, todavía no hemos sido capaces de afrontar con éxito los cambios producidos en el sistema internacional desde los años 90. La crisis económica podría haber contribuido a demoler, incluso, la última dimensión de prestigio que nos quedaba a los europeos, la de nuestra relevancia económica, cuya tendencia actual es descendente. Estos debates se han sumado a otros anteriores como el de la falta de gasto en defensa por parte de los Estados europeos y, lo que es más importante, la pésima organización en el mismo, o la existencia de grandes desacuerdos entre los diferentes actores del continente sobre intereses o prioridades comunes.

En cualquier caso, sería frívolo y apresurado considerar que la citada relación está en decadencia o superada, pese a las palabras pesimistas de Gates y otros líderes de ambos lados del Atlántico, y ello por varias razones.

- La primera de ellas es que las relaciones transatlánticas, en la actualidad, no tienen su fundamentación en la existencia de problemas de carácter geopolítico o de intereses vitales de primera magnitud para la potencia esta-

dounidense. La amenaza soviética del pasado hoy en día ya no existe, por mucho que algunos hayan intentado sustituirla por una Rusia que resurge y cuyo comportamiento se fundamenta más en la defensa de sus intereses estratégicos que en la confrontación ideológica con Occidente.

La relación transatlántica es una relación principalmente identitaria y de valores –algo cierto incluso para destacados realistas estadounidenses como Robert Gates–. Un conjunto de aliados que comparte una cierta visión del mundo en ocasiones discrepante, pero que se ha convertido en seña de identidad de la misma. La naturaleza crecientemente ideológica de esta relación es fundamental para entenderla, y para ello se debe comprender el intenso proceso que acompañó la llegada del presidente Wilson a París y la difusión de los ideales de la doctrina que lleva su nombre. Una relación de ese tipo no puede ser sustituida meramente por una “relación transpacífica” con aliados que, en el mejor de los casos, tienen una posición escéptica hacia esa visión del mundo y con la que las potencias emergentes no se han demostrado hasta el momento excesivamente acordes.

En este sentido, parece que una cierta perspectiva constructivista de las relaciones transatlánticas no anda desatinada. Pero precisamente por eso, los aliados europeos deberían ser más comprensivos hacia el comportamiento estadounidense y las intenciones de conseguir una mayor presencia en Asia, donde se jugará en el futuro la competición entre las grandes potencias a efectos de obtener la hegemonía regional y global. Y con respecto a esta cuestión ni el presidente Obama ni el candidato Romney van a tener una posición particularmente divergente.

- Una segunda razón es la propia modificación de las prioridades y el comportamiento por parte de la Administración Obama a lo largo del primer mandato. Si al principio del mismo el presidente estadounidense intentó acercarse a las principales potencias emergentes, la falta de resultados derivada de esta relación y la modificación de su política exterior desde la aparición de las revueltas árabes han modificado de manera sensible esta orientación. Puede que para los miembros más jóvenes de la Administración Obama las potencias emergentes sean ya un hecho, pero la experien-

cia parece haber ido demostrando las limitaciones de esa aproximación y el retorno a un enfoque donde el principal apoyo sea el de sus tradicionales aliados europeos, que son quienes combaten junto a Estados Unidos en Afganistán, apoyan sus resoluciones en el Consejo de Seguridad de la ONU y aplican sanciones al programa nuclear iraní. Este es un hecho del que los denominados *Obamians* parecen haber comenzado a darse cuenta. Europa, en efecto, no es hoy en día un problema para Estados Unidos, pero su relevancia como aliado no debe ser minusvalorada.

- Finalmente, una tercera razón que invita al optimismo sobre el futuro de las relaciones transatlánticas es que estas relaciones en realidad siempre han estado en crisis. Las críticas sobre el escaso gasto en defensa de la mayor parte de los aliados europeos siempre han estado presentes. Hace unos pocos años, el debate sobre “la vieja y la nueva Europa” fue uno de los puntos fundamentales de numerosos trabajos académicos y de *think tanks*²⁸ sobre las relaciones transatlánticas y tuvo una intensa relevancia política. Hoy en día es un debate que ha sido superado y no genera más controversia –teniendo en cuenta, por añadidura, que el oscurecido pero intenso debate europeo sobre Libia que condujo a la abstención alemana en el Consejo de Seguridad, no ha ido muy a la zaga del anterior.

De hecho la propia crisis económica, tal y como destacados analistas estadounidenses han planteado²⁹ –incluso el anteriormente pesimista Kupchan– podría ser una oportunidad que permitiera a los europeos profundizar en su proceso de integración y habría convertido a Europa, pese a todas sus discrepancias, de nuevo en una prioridad para la Administración estadounidense, en un tema vital de cara a las presidenciales de noviembre y a la propia recuperación de la economía estadounidense. Por otro lado, los propios europeos deberíamos ser conscientes de que, dada la naturaleza vital de la competición geopolítica a desarrollar en el Extremo Oriente y el crecientemente reducido presupuesto del que dispone Estados Unidos en

²⁸ Por ejemplo, **Serfaty, Simon** (2005) o **Parsi, Vittorio E.** (2006), entre otras obras de una inmensa literatura sobre aquel debate.

²⁹ **Castle, Stephen** (2012).

materias de política exterior y de seguridad, futuras acciones como la reducción de su presencia militar en Europa son prácticamente inevitables y podrían constituir una oportunidad para reforzar el peso propio en el mantenimiento de la seguridad y la estabilidad en Europa. Una de las grandes demandas estadounidenses que va también en el interés europeo y que debería ser afrontada una vez superada la actual crisis.

Frente a críticas preexistentes, una relación transatlántica exitosa no implica necesariamente ni el seguidismo europeo ni el verse envueltos, por citar a Josef Joffe, en inciertas aventuras exteriores o procesos de construcción estatal que impliquen enormes gastos en sangre y dinero. Al fin y al cabo, que la relación transatlántica tenga una naturaleza identitaria, de valores o incluso ideológica no implica que la misma no deba –de hecho debería– establecerse sobre la base de la consecución de los intereses estratégicos comunes a ambos lados del Atlántico, superando con ello el debate entre grupos ideológicos planteado en el ámbito estadounidense.

Todo lo ya expuesto invita a confiar, con un relativo optimismo, en la pervivencia y relevancia futura de unas relaciones que han tenido una importancia histórica fundamental y han sido garantes de la seguridad y estabilidad.

PALABRAS CLAVE

Europa • EE. UU. • Relaciones atlánticas • Nuevo Orden Mundial • Seguridad internacional

RESUMEN

Son varios los políticos que en los últimos tiempos han señalado que las relaciones entre EE. UU. y Europa no pasan por sus mejores momentos. La llegada de Obama a la presidencia y los momentos de crisis económica y política por los que actualmente atraviesa Europa no han hecho sino acentuar esta idea. A pesar de ello, el autor encuentra varios motivos para seguir siendo optimistas en el futuro de las relaciones transatlánticas.

ABSTRACT

Several politicians have recently pointed out that relations between the USA and Europe are not going through their best moment. Obama's advent as the President of the USA and the times of political and economic crisis Europe is currently enduring have only helped stress this idea. In spite of this, the author finds several reasons to continue having a positive attitude toward the future of transatlantic relations.

BIBLIOGRAFÍA

Castle, Stephen (2012):

“Crisis Forger Close U.S.-Europe Alliance”, *The New York Times*, 20 de abril.

Haass, Richard (2011):

“Why Europe no Longer Matters”, *The Washington Post*, 18 de junio.

Holbrooke, Richard (1998):

To End a War, Ed. Random House, Nueva York.

Kupchan, Charles (2010):

“As Nationalism Rises, Will the European Union Fall?”, *Council on Foreign Relations*, 29 de agosto.

Mallaby, Sebastian (2012):

“Europe’s Optional Catastrophe”, *Foreign Affairs*, vol. 91, nº 4, julio/agosto.

Mann, James (2012):

The Obamians, Ed. Penguin Books, Nueva York.

Mearsheimer, John J. (2001):

The Tragedy of Great Power Politics, Ed. Norton, Nueva York.

Moravcsik, Andrew (2012):

“Europe After the Crisis”, *Foreign Affairs*, vol. 91, nº 3, mayo/junio.

Obama, Barack (2006):

La audacia de la esperanza, Ed. Península, Barcelona.

Obama, Barack (2007):

“Renewing American Leadership”, *Foreign Affairs*, vol. 86, nº 4, julio/agosto.

O’Neill, Jim (2011):

The Growth Map, Ed. Penguin Books, Nueva York.

Parsi, Vittorio E. (2006):

The Inevitable Alliance. Europe and the United States Beyond Iraq, Ed. Palgrave, Londres.

Serfaty, Simon (2005):

The Vital Partnership, Ed. Rowman & Littlefield Publishers, Lanham.

Tovar, Juan (2011):

“¿La piedra angular? Una visión europea de las relaciones trasatlánticas tras la Cumbre de Lisboa”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 11, nº 3, agosto, pp. 81-83.

Zakaria, Fareed (2009):

El mundo después de USA, Ed. Espasa, Barcelona.

REVISTA HISPANO CUBANA HC

Las nuevas tecnologías
y la comunicación en Cuba

Freedom House, Sanja Kelly, Sarah Cook,
Martha Beatriz Roque, Armando Añel,
Yoani Sánchez

Lorca en La Habana

Pío E. Serrano

Supervivencia, adaptación e
incertidumbre: El caso de Cuba

Eusebio Mujal-León

Derechos Humanos, Documentos,
Cultura y Arte

Número 42
© 2012



Director
Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial
Cristina Álvarez Barthe
Elías Amor
Luis Arranz
María Elena Cruz Varela
Jorge Dávila
Manuel Díaz Martínez
Ángel Esteban del Campo
Alina Fernández
María Victoria Fernández-Ávila
Celia Ferrero Romero

Carlos Franqui
José Luis González Quirós
Mario Guillot
Guillermo Gortázar
Jesús Huerta de Soto
Felipe Lázaro
Jacobo Machover
José María Marco
Begoña Martínez
Julio San Francisco
Eusebio Mujal-León
Fabio Murrieta
José Luis Prieto Benavent
Tania Quintero

Alberto Recarte
Raúl Rivero
Ángel Rodríguez Abad
José Antonio San Gil
José Sanmartín
Pío Serrano
Daniel Silva
Álvaro Vargas Llosa
Alejo Vidal-Quadras

Redacción
Orlando Fondevila
Rocío Martínez

www.revistahc.org
PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:
REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid
Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08